

## ¿Por qué y para qué el género?

Juan Francisco Artaloytia  
SYMPOSIUM APdeBA 2022

Me dispongo en estas líneas, ya en un diálogo interno imaginario con ustedes, asistentes al Symposium de APdeBA de 2022, a desarrollar de un modo más libre y extenso lo que el día de la ponencia me comprometo a condensar en los 15 minutos de los que dispondré.

Voy a entrar hoy en la cuestión del género, muy polémica en los tiempos que corren, en que la intensa ideologización parece que fuerza a alinearse y alienarse en convicciones *a priori* muy distantes del pensamiento libre, que precisamente se caracteriza por solo saber parcialmente de dónde se parte, pero nunca pudiendo anticipar con qué se irá uno encontrando y aún menos hasta dónde se será capaz de llegar.

Freud solía citar de Haeckel el aserto evolutivo de que “la ontogénesis recapitula la filogénesis”. Y de hecho, en su *Tótem y Tabú*, Freud se va a buscar en la historia de la especie lo que él había descubierto que aparecía en la historia del individuo. Por supuesto, el asunto tiene sus matices y hoy no lo podemos entender literalmente como Haeckel lo proponía, pero es innegable que algo de cierto hay.

Voy a partir de un hecho incontestable. El lenguaje apareció en un momento de la evolución de la especie. No sabemos exactamente cuándo ni cómo ni por qué. Pero sí sabemos que el lenguaje necesitó introducir la distinción entre mujer y hombre. El género, que proviene del *genus* latino, se conecta con la necesidad humana de clasificar al nombrar, de categorizar, y en el caso concreto que nos ocupa, con la necesidad de distinguir entre mujeres y hombres. Esta cuestión, relacionada con el género gramatical, debió de ser tan trascendente en algún momento de la historia de nuestra especie, que muchos de los diferentes lenguajes, con un gasto y complejidad considerables, la necesitaron incluir en su propia estructura<sup>1</sup>.

Voy a hacer un viaje imaginario a los albores de la humanidad, allá donde debió de nacer el lenguaje y aparentemente el género se hizo imprescindible. Luego viajaré de vuelta a la actualidad asumiendo toda una serie de adquisiciones culturales que nos han ido transformando: La Revolución Industrial en el siglo XIX, que al aportar la fuerza y velocidad de las máquinas disminuye la trascendencia que las primeras tuvieron en poder diferenciar a mujeres de hombres, que por dimorfismo sexual de especie presentan diferencias en la fuerza y velocidad musculares; La Revolución Anticonceptiva, a mediados del siglo XX, que permite que haya una sexualidad genital independientemente de la procreación; La Revolución Reproductiva, que a finales del siglo XX permite que haya reproducción independientemente de la sexualidad genital. Además, quiero abrir la perspectiva a más cambios que considero están ya a la vuelta de la esquina, y que van a seguir planteando cuestiones muy trascendentes, tanto en el ámbito de qué es lo específicamente humano, como en el campo de la ética, ya que cada vez habrá más decisiones fuera del orden natural que se podrán o no tomar. Me estoy refiriendo al hecho de que se podrán conseguir gametos reproductivos femeninos y masculinos desde células madre de la médula ósea, y que se podrá disponer de úteros artificiales. Un futuro a mi entender más cercano de lo que creemos y para el que es importante que vayamos pudiendo pensar. Mi

---

<sup>1</sup> Incluso los idiomas sin género gramatical, como el euskera (vasco o vascuence), anterior al protoindouropeo, que conozco bien, necesitaron incluir este imperativo taxonómico por otros lados; así por ejemplo, para nombrar a los hermanos existen cuatro palabras diferentes: hermana de hermana, hermana de hermano, hermano de hermana y hermano de hermano.

hipótesis fundamental, ya lo planteo de entrada, es que lo más específicamente humano es el orden edípico.

Se trata de una cuestión en la encrucijada entre diferentes disciplinas del conocimiento como la antropología, la etología, las neurociencias, la lingüística, la sociología... pero sobre la que siento la profunda convicción de que hay matices que solo una mirada psicoanalítica puede alcanzar a atisbar.

### **El género en los albores de la humanidad**

El lenguaje apareció en algún momento de la evolución de la especie. No sabemos exactamente cuándo. Los antropólogos, a partir de los registros fósiles, han estudiado la impronta en la parte cóncava de la calota izquierda, de un mayor o menor desarrollo de las áreas de Broca y Wernicke. También han deducido la posición de la laringe en diferentes grupos de homínidos. Con ello pueden plantearse ciertas preguntas más concretas: ¿Algún momento entre hace unos 200.000 y 30.000 años o más precisamente entre 70.000 y 40.000<sup>2</sup> años? ¿Solo en el *Homo sapiens* o también en otros grupos como los *neanthertalensis*, *denisova*, *floresiensis* u otros que se van describiendo y con los que también se pudo coincidir o incluso otros anteriores de los que quizá tomamos la herencia cultural?

Está claro que hay toda una serie de variables biológicas que lo hicieron posible. Un determinado volumen cerebral, la multitud de conexiones neuronales entre unas áreas cerebrales y otras, con lo que supone una gran capacidad de reorganización de la información cerebral... sí. Una determinada posición de la laringe... Pero algo más hubo de acontecer. Yo me lo imagino en dos tiempos.

Antes de entrar en ello quiero recordar la diferencia ya establecida por Darwin entre selección natural y selección cultural. Una época de hambruna pudo suponer que solo las jirafas con el cuello más largo, por llegar a los vegetales situados más arriba en los árboles, fueran capaces de sobrevivir, desapareciendo por hambre las cuellilargas. Ello habría supuesto que solo las cuellilargas se reprodujeran y en las generaciones venideras las jirafas tuvieran el cuello más largo. Es decir, la selección natural habría privilegiado a aquellas con una biología, con unos genes más apropiados para la supervivencia. Sin embargo, en la selección cultural o herencia social, en poblaciones genéticamente idénticas, es una determinada adquisición cultural la que marca la supervivencia de un grupo y la desaparición de otro. Así, primatólogos japoneses (Harris, 2001[1981], pp.96-97) describieron cómo en una isla, una población aislada de macacos realizó un descubrimiento al azar. Una hembra, jugando con un tubérculo de batata (fuente fundamental de alimento para esta especie) llena de tierra, se percató de que metiéndola en el agua marina y dándole vueltas, la tierra se desprendía con mayor facilidad. El resto de los componentes del grupo pronto incorporó esta adquisición cultural por imitación, de tal modo que los macacos de esta isla poseían una adquisición cultural de la que otros grupos de otras islas carecían. Ello, en época de hambruna, habría podido suponer que solo este grupo sobreviviera. Esto sería la selección cultural, se selecciona a los grupos con una determinada adquisición cultural independientemente de sus genes.

Pues bien, el primer tiempo en la aparición del lenguaje al que me refiero, me lo imagino de la siguiente manera: un individuo (quizá una hembra, como la hembra de macaco japonesa...) debió de señalar un objeto del mundo y conectarlo arbitrariamente con una determinada combinación de fonemas. Y ello pronto tuvo que hacerse extensivo a otras conexiones arbitrarias concretas entre combinaciones de fonemas y cosas del mundo que el resto de los individuos del grupo tuvieron que poder aceptar. El poder nombrar algo en su ausencia tuvo que ser objeto de selección cultural. Es decir, tuvo que suponer una ventaja

---

<sup>2</sup> Sabemos que a partir de los 40.000 años se multiplican las producciones artísticas simbólicas.

adaptativa sobre los demás grupos competidores cercanos. Se trata de un momento mítico, quizá solo existente en la ficción que trato de inventarme, en que tuvo que producirse esa primera conexión entre la palabra y la cosa. Cuando hoy en día vemos que a un bebé se le dice mamá mientras se señala a la madre, se reproduce algo de aquella primera conexión arbitraria entre palabra e imagen visual de la cosa que uno ha de asumir si quiere poderse entender con los demás humanos, si uno quiere devenir humano.

Esta conexión, en lo venidero, alguien la impone, y está en la clave de bóveda del concepto freudiano de represión cuando en el capítulo VII de *Lo inconsciente* ubica en la conexión entre la imagen de palabra oída y la imagen visual la esencia de la represión (Freud, 1976a [1915], p.198). Hago resaltar aquí que la neurofisiológica imagen de palabra oída comanda la representación palabra (*Wortvorstellung*) y la imagen visual comanda la representación cosa (*Ding/Sachevorstellung*), tal y como Strachey (1957) aclara con mucho tino en su Apéndice C, en el que rescata ideas clave del temprano texto freudiano sobre las afasias (Freud 1987 [1891]).

El segundo tiempo en la aparición del lenguaje ya me lo imagino en su esencia puramente edípica.

Empiezo por un determinado recuerdo con una perrita a la que quise mucho y que me hizo entender que aunque pensemos a los animales a los que queremos desde una lógica edípica, ellos funcionan fuera de la misma, aunque a veces al mirarlos a los ojos uno sienta una intensa conexión. Una *Cocker spaniel* negra y marrón, de nombre *Gaua* (noche en euskera, por dos pequeñas manchas marrones sobre sus ojos y el pelaje negro azabache que evocaban una noche estrellada), en un determinado momento tuvo una camada de cachorritos, creo que fueron cinco. Si uno, en su presencia, tomaba a un cachorrito y se lo llevaba, ella enseñaba el colmillo y se levantaba a proteger y recuperar a su cría. Si sin embargo, mientras uno hacía esto, otro acudía a la cuna y se llevaba a uno, a dos, o incluso a los otros cuatro cachorritos, ella no era capaz de detectar su ausencia al regresar a la cuna. No tenía la representación mental comandada por la palabra, por el nombre, que le permitiera detectar que algún cachorrito faltaba ni mucho menos de distinguir cuál de ellos no estaba. Tiempo después, hubo otra cuestión que me conmovió, y sobre la que hablé con algunos criadores de perros que me confirmaron mi impresión. Siendo sus cachorros ya adultos, en un momento en que ella estaba de nuevo en celo, se encontró con uno de sus hijos, ya perro maduro, que no tuvo ningún inconveniente en quererla montar, y a lo que ella tampoco mostró ninguna reticencia. Y entonces creí entender que ha de ser difícil transmitir interdicción del incesto alguna si no se puede identificar a una hembra como madre a lo largo de la vida; y hasta qué punto la palabra mamá puede facilitar las cosas para ese propósito.

Volvamos a los orígenes de la humanidad y del lenguaje. Probablemente se trataba de grupos nómadas de cazadores recolectores. La bipedestación, la estrechez del canal del parto, la selección progresiva de volúmenes cerebrales cada vez más grandes, forzaron a que la mielinización en el momento del nacimiento fuera cada vez más escasa, y con ello, se condicionara una mayor neotenia y dependencia durante los primeros tiempos de la crianza. Impresiona contemplar el parto de un ternero en que casi de inmediato se puede poner en pie y buscar las ubres de su madre por sí mismo, movimiento que el infante humano tardará más de un año en poder hacer. Ello condiciona una intensa dependencia durante la fase oral. Hay otro dato que también ha llamado la atención de antropólogos, y es que la hembra del *Homo sapiens* es la única que oculta el momento de la ovulación; todas las demás especies próximas conocidas tienen periodos de celo en que se mandan señales biológicas para atraer al macho y aparearse en épocas concretas. Se ha interpretado como una forma de fomentar relaciones sexuales y afectivas más frecuentes que faciliten lazos más estables que comprometan a ambos con el cuidado de las crías, mucho más costoso que para otras especies por la cuestión de la neotenia ya mencionada.

Me voy aquí a otro recuerdo. Se trata de un reportaje que vi hace muchos años de Jane Goodall en sus trabajos de campo en la Reserva de Gombe, donde, como saben, pasó años observando chimpancés, nuestros parientes vivos más cercanos, en su medio natural. Me conmovió la descripción de unos acontecimientos que paso a relatar. Se refería a una hembra añosa que había establecido una relación de especial dependencia con su cría. Goodall percibía un cansancio llamativo en esta hembra, al que le atribuía las dificultades que observaba para el destete de esta cría (que otras hembras más jóvenes imponían en una actitud más hostil hacia las crías para que se alejasen y se valiesen por sí mismas). Ello supuso que no se llegase a producir el destete de esta cría que, cada vez mayor, seguía muy pegada a su madre. La madre volvió a quedar embarazada, y el nacimiento de una nueva cría desencadenó una situación muy trágica, que Goodall solo pudo describir parcialmente. La nueva cría apareció muerta con signos de violencia. La madre murió aparentemente por agotamiento, y la cría ya crecida supuestamente parricida se tumbó junto al cadáver de su madre para no levantarse ya nunca más.

Ello nos ubica ante una cuestión profundamente trascendental a mi modo de ver en aquellos tiempos primordiales: la visión por parte del hermano mayor, tras mucho tiempo de dependencia oral extrema de la madre, del nacimiento de un nuevo bebé (fruto de la sexualidad genital entre sus padres, aunque eso solo lo sabemos nosotros); el anhelo del pecho, del contacto íntimo y estrecho con el cuerpo de la madre, el deseo de eliminar al bebé rival. Pero ahí se encuentra con el mensaje radical de la mamá y del papá humanos: tener que renunciar, para conservar su amor, al deseo amoroso del cuerpo de mamá, y al deseo desesperado de eliminar al rival... Es decir, la necesidad de reprimir lo incestuoso y parricida por amor o por temor a los castigos imaginarios como el de la castración. Tenemos que entender que en el bebé oral, la excitación que produce el cuerpo de su mamá en un orden natural es tan solo oral. Pero para la niña o el niño ya mayores, la excitación ya es también genital, y no es de extrañar que sea en este terreno donde se jueguen también los castigos imaginarios, que ya se viven en un orden que se superpone al natural y que ya es edípico, íntimamente ligado con la formación de la represión.

El segundo tiempo en la aparición del lenguaje me lo imagino por tanto ya en su plena capacidad de transmitir el orden edípico. Considero que éste, con el imperativo de poner un freno interno a los movimientos pulsionales y de buscar como destino pulsional otras vías, como la de la sublimación, tuvo que ser también objeto de selección cultural. Esto es, los grupos organizados por un orden edípico hubieron de presentar ventajas evolutivas frente a los grupos vecinos organizados en torno a la supremacía del más fuerte (Artaloytia, 2005 y 2008).

### **Westermarck vs. Levi-Strauss**

Es posible que alguno de ustedes vuelva a la escena incestuosa de mi perrita y clarifique que la situación descrita se da en animales criados fuera de su medio natural; quizá incluso pueda aportar referencias etológicas relacionadas con observaciones de chimpancés en el medio natural que describen una llamativa baja tasa de relaciones sexuales entre hermanos criados conjuntamente (Van-Lawick-Goodall, 1971, p.127): «Hicimos un descubrimiento interesante: a Fifi le repugnaba mucho copular con sus hermanos... En ningún momento en el curso de jornadas de intensa actividad sexual vimos ni a Faber ni a Figan intentar copular con su madre». Algo parecido se describe para *Macacus rhesus* (Itani, 1972). Bischof (1973) alude a la existencia en animales de un fundamento biológico del tabú del incesto. Ello podría explicarse desde el denominado efecto Westermarck (1891), según el cual se produciría una inhibición biológica del deseo sexual entre los criados conjuntamente favoreciendo así la apertura a la exogamia. Para los humanos, estudios en los kibutz israelíes (Sugiyama, 2001) sobre la baja frecuencia de matrimonios entre los criados conjuntamente entre 0 y 6 años apuntan también en esa dirección. Autores contemporáneos (Nogueira, 2017) siguen resaltando la importancia del factor psicobiológico a ser integrado con los factores culturales.

Sin embargo, aquí nos encontramos con Lévi-Strauss, padre de la antropología estructural. Como en otros ámbitos del estructuralismo, se postula la existencia de una serie de estructuras no evidentes que estarían organizando subyacentemente el funcionamiento de los sistemas. En concreto, él se centra en el estudio en cualquier grupo humano de las estructuras elementales del parentesco (Lévi-Strauss, 2017 [1949]), y establece la interdicción del incesto como fenómeno universal que estaría regulando el funcionamiento de todo grupo humano. Él lo ubica como un movimiento fundamental por el cual se cumpliría el pasaje de la naturaleza a la cultura. Por un lado, pertenecería a la naturaleza por tener el mismo carácter universal que presentan los instintos; pero por el otro lado, sería ya cultura, ya que se constituye en una norma que regula los instintos.

En mi modo de entenderlo, este pasaje de naturaleza a cultura supone la superposición de un nivel más evolucionado sobre uno más primitivo. Y este concepto de superposición de niveles más evolucionados sobre otros más primitivos lo encontramos como fundamental en el pensamiento freudiano. Es algo que he descrito profusamente en otro lugar (Artaloytia, 2005) resaltando la inspiración de Freud en Hughlings Jackson, pero que se muestra por ejemplo cuando en *El proyecto* se puede pasar de  $\Phi$  (fi de neuronas físicas) a  $\psi$  (psi de psíquicas) o de  $\psi$  a  $\omega$  (omega), o en la *Carta 52* cuando se produce una retranscripción en palabras.

Pongamos efectivamente que en chimpancés y macacos hubiera una inhibición de origen biológico como la descrita para el instinto sexual hacia parientes cercanos. En neurofisiología conocemos inhibiciones de este tipo. Así por ejemplo, el bebé humano nace con un reflejo de chupeteo; si se le toca el labio o la mucosa bucal con cualquier objeto, comienza a chupetear; ahora bien, este reflejo se inhibe por los lóbulos frontales en cuanto se supera la fase oral para que la boca pueda servir para otros menesteres. Curiosamente, cuando un adulto o anciano se frontaliza, se pierde la inhibición frontal y reaparece el reflejo, que había permanecido inhibido durante toda la vida. Pero estas inhibiciones de origen biológico son rígidas, no permiten el dinamismo puesto en juego por la represión que los psicoanalistas tan bien conocemos, con la moción pulsional incestuosa por un lado y la fuerza que se le opone por el otro. Es por ello que opino que independientemente de si hay una inhibición biológica más arcaica, en el humano se le superpone un nivel más evolucionado: el introducido por la palabra edípica e inductor de represión.

Es decir, el momento en que la palabra edípica se posa sobre la imagen visual habría permitido la instauración de un sistema más evolucionado, la represión, reliquia viviente cuya aparición en la ontogénesis de cada individuo repetirá como un recuerdo remoto aquella primera ocasión fundante en la historia de la especie. Ese primer contacto mítico entre palabra e imagen visual, objeto de selección cultural, habría resultado clave en nuestro proceso de hominización.

### **La palabra edípica marca la distinción entre *Sache* y *Ding-Vorstellung***

Decíamos antes que el punto de conexión entre representación-palabra y cosa es precisamente el nexo entre la imagen visual y la imagen sonora u oída de palabra. Podríamos especificar, que en un determinado momento, cuando la representación-cosa ya existe, se posa sobre ella la palabra edípica.

Pensemos en la representación de la madre. El bebé, tal y como nos lo describe de un modo hermoso Sabina Spilrein (Caropreso, 2020), juega con los primeros fonemas que va pudiendo pronunciar (que son las consonantes labiales oclusivas como la m, la p, la b, y las vocales abiertas), sonidos que se reproducen al repetir secuencialmente en el vacío los movimientos de chupeteo durante el amamantamiento: «Mö-Mö-Mö-Mö... » y que en un principio parecen ser solamente un elemento autoerótico más; poco después, empiezan a constituir ya un mensaje de llamada a la madre; finalmente, la madre, los padres, introducen el componente

social de comunicación, se adaptan a tales fonemas y empiezan a señalar la imagen de la madre mientras repiten la palabra «mamá», que es de las primeras que podrá repetir el *infans*. En ese preciso momento la palabra se posa sobre la imagen, ya se produce esa conexión de la que hablábamos. Comentar como curiosidad que la palabra se pronuncia de un modo muy parecido en todos los idiomas, y que está en el origen etimológico de toda la familia semántica de mamá/mama/mamar/amar/amor...

Pero entre tanto, han ido sucediendo toda una serie de cosas. El principio de realidad ha ido relevando ya al de placer. Es decir, se ha ganado la posibilidad de inhibir la descarga hasta comprobar que el objeto madre/pecho ha aparecido de nuevo en el campo visual. Pero el tiempo pasa y el bebé va creciendo. Un tiempo después nace otro bebé para complicar las cosas. Hay hambre, y está el pecho nutricional delante. En teoría bastaría con comprobar que está de nuevo ahí. Pero ya no es así. Se tiene que instaurar un nuevo principio que matice al de realidad, que Jaime Szpilka (2002, p.256) denomina «el principio de licitud». Ese pecho que sí está delante, ya no está permitido, ha pasado a prohibirse. Freud describe en la vivencia primaria de dolor (1976b/1950[1895], p.365) cómo se tiene que producir internamente algo parecido al dolor para que se huya de la percepción del objeto que puede dañar, a través de lo que denomina «neuronas secretoras o llave». Y toma este modelo como referencia para entender lo que acontece en el caso de la represión, para que el pensamiento o la percepción trate de huir de un determinado contenido que puede dañar (1976c/1926[1925], p.88-89). Aquí se ha tenido ya que operar un cambio. El pecho nutricional, que era *bueno* en un orden natural, se ha transformado ya en *malo* en un orden edípico. Y como en la vivencia de dolor, es un objeto que ya podría dañar; en este caso por la angustia de castración o por el temor a la pérdida de amor de los padres (*Ibid.*, p.135) que ya se le conecta. Es un pecho ya definido como incestuoso e incitador de parricidio al que hay que renunciar. Podríamos imaginarnos implícitamente algo así como «esta es mamá, pero si quieres que te queramos, si no quieres ser una persona mala, tendrás que renunciar para siempre a este pecho y al deseo de eliminar a tu hermanito... y tu pensamiento ya siempre tendrá que huir de ello».

Después de la palabra edípica, la representación-cosa de la madre, comandada por la imagen visual, sufre por lo tanto una transformación. Por una parte, y siguiendo a Jaime Szpilka (*Ibid.*, p.265), la *Dingvorstellung*. El término *das Ding* es retomado por Freud de lo incognoscible de la cosa del pensamiento kantiano. En el pensamiento freudiano consistiría en lo que ya no se puede saber de la cosa, esto es, de la madre, por mor de la palabra edípica (Szpilka *Ibid.*; Artaloytia, 2014). Es decir, lo que pasa a estar definido como lo incestuoso con la madre, el contacto estrecho con su pecho, con su cuerpo, y de la mano, todo lo parricida que lo pueda acompañar. Todo esto, que pudo estar de alguna manera en la representación cosa *anterior* a la palabra, en aquellas investiduras primeras y genuinas, pasa a formar parte de lo reprimido primario, que nunca pudo llegar a estar apalabrado por el hecho de caer del lado de lo reprimido en el momento mismo en que la palabra con efectividad edípica aparece en el escenario. Y por el otro lado, la *Sachevorstellung*, que es aquello de la cosa, esto es, de la madre, de su representación cosa, que sí podemos saber después de la palabra edípica que ya ha organizado un sistema estructurado en torno a la represión.

Por lo tanto, nos encontramos con tres tipos diferentes de representaciones-cosa, siempre comandadas por la imagen visual. Por un lado, la representación-cosa *anterior*<sup>3</sup> a que la palabra

---

<sup>3</sup> No me refiero a una anterioridad cronológica, sino ontológica. Determinados registros psíquicos podrían no haber entrado en el cauce de las representaciones-palabra por acontecer antes de la irrupción de la palabra, pero también por otros motivos. Por ejemplo, por un exceso traumático: Freud en *El Proyecto* (1976b /1950[1895], p.352) ya afirma que un exceso de esta índole puede hacer que elementos  $\Psi$  (Psi) pierdan su cualidad psíquica y se transformen en  $\phi$  (Fi) al ser «como traspasadas [las neuronas no pasaderas de  $\Psi$ ] por el rayo». También en los traumas transgeneracionales puede haber elementos que el sujeto no pueda *pensar* por no haber podido ser elaborados por las generaciones previas, tal y como se desarrolla en el telescopaje de generaciones (Faimberg, 1985; Artaloytia *et al.*, 2020).

edípica se pose sobre la misma de un modo eficaz, y por otro lado, una vez se produzca lo anterior, la partición entre el aspecto *Ding* y el *Sache* de la representación-cosa. Y no olvidemos que muchos autores, como yo mismo (Artaloytia *et al.*, 2020), defendemos que en un mismo psiquismo podemos detectar diferentes niveles de organización en que no necesariamente todo obedezca a la lógica de la represión.

No quisiera dejar de mencionar el valor económico de la *Dingvorstellung*. Es algo (la aspiración incestuosa al cuerpo de la madre, la aspiración parricida frente al bebé rival o al padre, que sí tienen acceso al mismo), que cae del lado de lo reprimido primario, y que no pudiendo nunca llegar a ser (no se puede volver a lo previo a la palabra edípica, pues la irrupción de esta lo cambió todo para siempre), va estar sin cesar pugnando por llegar a ser, habiendo de buscar vías colaterales como la sublimatoria, constituyéndose así en una suerte de motor inagotable, como un *primum movens* tal y como se pensó en la historia de la filosofía. Es posible que en la historia de la especie, la emergencia de este motor guarde relación con la eclosión de producción artística simbólica hace en torno a unos 40.000 años a la que ya aludíamos antes.

Si pensamos en cuáles son los intereses fundamentales de nuestros parientes vivos más cercanos, los chimpancés, podríamos pensar en comer-beber, dormir-descansar, copular, quizá relacionarse socialmente... No mucho más. Sin embargo, los humanos, además de todo ello, siempre estamos mirando más allá, siempre buscando lo que en el fondo nunca podemos encontrar del todo, pero encontrándonos sin embargo con novedades interesantes y creaciones por el camino. No siempre se encuentra lo que se busca, pero a veces lo encontrado inesperado vale mucho más que lo que aspirábamos a encontrar.

### **La palabra edípica, introductora de la diferencia de géneros y generaciones, y las fantasías originarias**

Las palabras papá, mamá y bebé, por lo tanto, son introductoras del orden edípico. Designan los tres vértices de un triángulo. Si fortalecemos el trazo entre los vértices papá y mamá, del que el bebé queda excluido, nos encontramos con una escena primaria. Si fortalecemos el trazo entre la mamá y el bebé, aparece una escena de seducción, y el papá excluido, si se enfada, podría querer castigar, fantasía de castración.

Imaginemos que tres colegas compañeros de una asociación somos invitados a un determinado evento en un hotel de lujo, con habitaciones dobles exteriores soberbias e individuales interiores un poco más modestas. Nos costean el alojamiento pero solo nos ofrecen dos habitaciones, una doble y una individual. Uno de los tres, ¿llamará a otro (escena de seducción) para encontrar la manera de quedarse ambos con la habitación doble sin que el otro sepa nada, no se vaya a enfadar (fantasía de castración) por quedar excluido (escena primaria)?

Sí, podemos comprobar que las fantasías originarias se despliegan como consecuencia espontánea de la reorganización edípica de las cosas. Y esto debió de ser ya así en los albores de la humanidad.

### **El género en los orígenes**

Con todo este bagaje en mente, nos asomamos de nuevo al hecho incontestable de que en el inicio el género se impuso como algo fundamental. ¿Por qué?

Quisiera aquí recordar la diferencia entre sexo y género. El sexo es una variable biológica binaria, se trata de algo que viene dado en nosotros los humanos así como en el resto

de las especies sexuadas. El género es un concepto exclusivamente humano y se refiere a cómo se nomina o representa a alguien.

En algún momento he mencionado la cuestión del dimorfismo sexual, que se refiere no solo a los caracteres sexuales primarios y secundarios, sino también a diferencias en tamaño, fuerza muscular y velocidad, determinadas funciones cerebrales (en el humano, más habilidad para el lenguaje y para la lectura de las interacciones sociales sutiles en la mujer, mejor orientación tridimensional en el hombre...). Es algo muy común que compartimos con muchas otras especies y que sin duda en su momento fue objeto de selección natural. Esto es, la diferencia por sexo de los individuos, lo cual supone diferentes capacidades complementarias, habría supuesto una ventaja adaptativa.

En pequeños grupos de cazadores recolectores el distinguir en su nominación a mujeres y hombres podía tener su importancia. Por ejemplo, a la hora de organizar tareas según las capacidades que el dimorfismo sexual condicionase para cada cual. Quizá, por ejemplo, los machos podrían ser más aptos para la caza y para alejarse más de los núcleos y las hembras para la recolección y para moverse más cerca.

Ahora bien, tengo la sensación de que lo elemental no está ahí, si no en el acceso íntimo al cuerpo de la madre. En la escena vislumbrada antes, el hermano o hermana mayores han de asumir una renuncia a algo que sin embargo sigue siendo accesible para el recién nacido durante un tiempo y para el padre por siempre. Y la escena primaria, de la que hay que asumir la exclusión, no es aquella en la que a uno le concibieron (fantasía sobre los orígenes), sino aquella en la que en el ahora puede estar siendo concebido un hermanito más, y en la que, por estar en el medio primitivo de cazadores recolectores la sexualidad vinculada con la procreación, el papel de macho y hembra están claramente diferenciados por dimorfismo sexual y quizá por ello está nominalmente diferenciada.

Llego a este punto con cierta decepción, con la impresión de no haber encontrado algo de un esclarecimiento más rotundo. Sabemos que el género se impuso como necesario; sabemos que de alguna manera se relaciona con la conexión de la palabra oída con lo imagen visual de la cosa, especialmente de la madre, y con la necesidad de instaurar una renuncia y poner en marcha la represión. Suponemos que también se vincula de algún modo con el papel estructurante de la exclusión de la escena primaria y del papel complementario en la misma por dimorfismo sexual de mujer y hombre. Pero hasta aquí podemos llegar. Volvamos al presente.

## **El género hoy y mañana**

### ***- Fuerza y velocidad***

La velocidad y la fuerza musculares, importantes en el dimorfismo sexual humano, han dejado de ser determinantes como diferenciadores entre mujeres y hombres desde la Revolución Industrial. La fuerza, la velocidad, la capacidad de repetir de las máquinas han supuesto que las de origen humano sean cada vez menos necesarias. Con la excepción de las competiciones deportivas, en que se sigue haciendo competir a mujeres y hombres en categorías distintas, estas variables cada vez tienen menos trascendencia. Curiosamente, uno de los ámbitos en los que se está produciendo una mayor resistencia a leyes de libre determinación de género, es el de las mujeres deportistas que esgrimen que las mujeres transexuales (hombres biológicamente) dispondrían de una ventaja biológica para sus rendimientos. Podemos suponer con ello que, si en los grupos humanos de cazadores recolectores de los albores de la humanidad esta cuestión fue determinante, en el presente ha perdido gran parte de su peso. La diferenciación de género en este ámbito tendría hoy menor trascendencia.



## - Madres biológica vs. función materna

Ya hemos hablado de la gran neotenia del bebé humano, de su importante necesidad de cuidados, y de la ingente inversión en tiempo y dedicación para la crianza que todo ello supone. El bebé humano requiere durante bastante tiempo de una presencia materna continuada y de amplia dedicación. Hasta que el psiquismo del infante va desarrollándose lo suficiente, requiere del de la madre para funcionar por ambos. Hemos visto cómo los antropólogos interpretan la ocultación de la ovulación en el *Homo sapiens* como un modo de favorecer relaciones sexuales y afectivas más frecuentes y estrechas, buscando con ello una mayor implicación del macho en el cuidado de las crías en comparación con otras especies cercanas. Hay otra cuestión curiosa, también exclusiva en nuestra especie, la denominada «teoría de la abuela» (Millás y Arsuaga, 2022, p.106); se trata de que sólo la hembra del *sapiens* termina su ciclo reproductivo (menopausia) un tiempo considerable antes de terminar su ciclo vital. Es decir, como veíamos en la escena de la hembra añosa chimpancé de Gombe, en las hembras de otras especies cercanas los ciclos reproductivos sólo terminan con la muerte de los individuos. La interpretación que de ello dan los antropólogos es doble: por una parte, disminuye la probabilidad de que la madre muera siendo su cría demasiado dependiente aún; por otra parte, permite que hembras ya sin ciclo reproductivo y liberadas del cuidado de sus propios bebés puedan ayudar a cuidar de los bebés a hembras más jóvenes, favoreciéndose así además la transmisión cultural transgeneracional.

Ahora bien, ¿qué ha sucedido con la mortandad materno-infantil? En el *Homo sapiens*, por la ya comentada estrechez del canal del parto condicionada por la bipedestación y el tamaño de la cabeza del bebé humano, el parto fue convirtiéndose cada vez en algo más delicado. Sin irnos muy lejos, las cifras de muerte de mujeres o/y bebés por complicaciones del parto a principios del siglo XX eran espeluznantes. Lo que hoy nos parece excepcional, entonces era moneda corriente. La humanidad pronto se tuvo que enfrentar al problema de cómo intentar sacar adelante a un bebé al morir la madre durante el parto. Durante el paleolítico, posiblemente la única solución fuera recurrir a nodrizas, esto es, mujeres cercanas que por estar criando a otro bebé dispusieran de leche suficiente para criar a ambos. Ya durante el neolítico, quizá pudo recurrirse a leche de animales domésticos u otros, con todas sus limitaciones como hoy sabemos, pero que aparece por ejemplo en la leyenda de la fundación de Roma en que supuestamente una loba amamantó a Rómulo y Remo. La aparición de la lactancia artificial supuso sin duda un avance importante en torno a esta cuestión, aunque hoy pocos dudan de las ventajas de la lactancia natural siempre que sea posible.

Es decir, una vez resuelto el problema de la lactancia, nos encontramos con cómo posiblemente, desde muy pronto en la historia de la especie, tuvieron que implicarse en el cuidado de los bebés otros individuos del grupo cercano: los padres (a lo que apunta la ocultación de la ovulación), las abuelas (sugerido por el fin del ciclo reproductivo antes del vital), otras mujeres y hombres del grupo... Todos ellos participan en el cuidado de los bebés, de modo especialmente evidente cuando la madre biológica falta.

Ahora bien, una mujer diferente a la madre biológica, ¿está igualmente preparada para atender a un bebé? Parece evidente que todos los cambios biológicos corporales (desde la posibilidad de lactancia natural, los estados hormonales que regulan los ciclos de sueño vigilia para tener una mayor disponibilidad, las variaciones de la oxitocina durante el amamantamiento...) y psicológicos (toda la elaboración mental que se va produciendo durante el embarazo, con la investidura progresiva del bebé incluso durante mucho tiempo antes...) hacen las cosas más fáciles. Pero sin duda, todos conocemos madres biológicas que apenas han podido ejercer su función materna o lo han hecho de modo muy negligente; y también conocemos bebés que por los motivos que fueran han sido criados lo suficientemente bien por otras mujeres del entorno como abuelas o tías o hermanas mayores. Las madres adoptivas, que generalmente también cuentan con un tiempo prolongado de elaboración mental antes de recibir a un bebé han podido también ejercer buenas funciones maternas en muchos casos no siendo las

madres biológicas. Cuestión más compleja es cuando la maternidad vicariante se ha de asumir abruptante, como por ejemplo cuando muere la madre en el parto y sobrevive el bebé y alguien en el entorno tiene que asumir repentinamente la responsabilidad sin haberse preparado mentalmente para ello.

¿Y los hombres? ¿Pueden ejercer la función materna lo suficientemente bien? En la comparación con una madre biológica, caben los mismos elementos de reflexión que frente a mujeres diferentes a esta. Pero nos podemos preguntar si por dimorfismo sexual cerebral hay elementos importantes que les diferencien también de otras mujeres no gestantes. Desde luego, en la época en la que la mortandad materna era importante en torno al parto, no eran infrecuentes los padres viudos que habían de asumir el cuidado de hijos. Aunque a menudo se apoyaban en otras mujeres del entorno o se volvían a emparejar pronto, también había casos en que podían asumir funciones maternas de un modo lo suficientemente exitoso. Hoy en día, en la medida en que los padres por una serie de cambios culturales se van involucrando más en la crianza de los hijos, en que mujeres con menos disponibilidad de tiempo que ellos por motivos laborales les ceden un mayor protagonismo, o en que divorcios con custodias compartidas o parejas de varones homosexuales ponen a los hombres en una posición de mayor protagonismo, se va poniendo a prueba si efectivamente los hombres pueden ejercer una función materna lo suficientemente buena.

Como psicoanalistas, y más allá de las facilidades biológicas para la función materna de mujeres biológicas o no, podemos pensar en la trascendencia de las identificaciones femeninas en mujeres y varones para poder ejercer una buena función materna. En el ámbito de la historia del psicoanálisis pocos dudarán de que fue Melanie Klein quien centró la mirada en lo que acontece entre el bebé y la madre; sin embargo, dudo de que muchos discrepen de que fue Donald Winnicott, un hombre, quien pudo mostrarnos la trascendencia de una posición materna más receptiva en el analista. Winnicott nos enseñó a poder funcionar como madres tolerando importantes grados de regresión. Algo que yo considero esencial para poder trabajar exitosamente en el ámbito de los funcionamientos menos neuróticos de nuestros pacientes.

Con todo ello, podemos sentar la importancia de diferenciar entre madre y función materna. Y afirmar sin ambages que la función materna pueden ejercerla no solamente las madres biológicas, sino también otras mujeres y hombres, especialmente si hay buenas identificaciones femeninas lo suficientemente consolidadas.

#### **- *Padres biológicos vs. función paterna, la escena primaria vs. fantasía sobre los orígenes***

Al hablar de la palabra mamá y de sus casi coetáneas bebé y papá, nos centrábamos en cómo estas precoces combinaciones de fonemas no por casualidad dibujan los tres vértices del triángulo edípico. Son palabras que designan el lugar que cada cual ocupa en este triángulo y que a su vez transmiten la ley edípica, esto es, establecen que no puede ser un contacto íntimo con el cuerpo de la madre (cosa que sí puede ser para el padre) y que tampoco se puede eliminar al rival por mucho que se anhele ocupar su lugar. Ya veíamos toda su trascendencia en la metapsicología freudiana y en la constitución de la *Wortvorstellung*.

Sin embargo, juguemos un poco con el triángulo. Pongamos que la madre enviuda durante el embarazo y que poco tiempo después se vuelve a emparejar con un hombre diferente al “papá” del triángulo prototípico. Este segundo hombre, diferente del padre biológico, será el que ocupe el lugar del papá en el citado triángulo. Es decir, la escena primaria a la que tendrá que enfrentarse más adelante el bebé será diferente a aquella en que se dio su gestación. Y aquí resulta clave la diferenciación entre escena primaria y fantasía sobre los orígenes a la que ya aludíamos antes, que a veces coinciden, pero que no siempre son lo mismo, como podemos ver en el ejemplo. Independientemente de cómo fue la gestación (en torno a lo que girará la fantasía

sobre los orígenes) la escena primaria vivenciada por el *infans* es la que le supone la exclusión edípica estructurante, y por tanto, la que le hace entrar en el ámbito de la represión.

Hemos visto cómo un hombre diferente del padre biológico puede ejercer este papel. Pero sigamos jugando con el triángulo. Pongamos que esa misma madre del ejemplo en lugar de reemparejarse con un hombre lo hace con una mujer. ¿Qué sucederá entonces? ¿Podrá esta nueva y diferente configuración del triángulo transmitir igualmente la exclusión edípica estructurante?

Tengo una experiencia clínica muy elocuente a este respecto. Se trata de una madre violinista que cría a su bebé como familia monoparental. Los abuelos viven cerca y ocasionalmente se apoya en ellos en la crianza del hijo. Su amor por la música y el violín le viene de una relación muy edípica con su propio padre, estando sublimado parte de este amor en su relación con la música. En momentos, desea que el bebé se duerma de una vez para poder tocar el violín. En cuanto el bebé empieza a gatear, se interesa por el violín, al que llega a mordisquear con mucha avidez. Hoy en día este bebé se ha convertido en violinista de una orquesta, oficio del que vive, habiendo además podido construir una familia con mujer e hijos. Por su trabajo durante años en un diván, podemos afirmar que su aparato mental funciona fundamentalmente organizado en torno a la represión. Es decir, en este caso nos encontramos con un triángulo mamá-violín-bebé, pero siendo el violín portador de un deseo edípico sublimado de la madre.

En su momento, me basé en el concepto de Fain (1971) de la censura de la amante para entender esta viñeta. La madre retira la libido por un tiempo de la relación con su bebé y vuelve a investir su cuerpo de mujer sexuada y deseante. Deseo que en el ejemplo dirige la libido sublimada hacia el violín, como podría hacerlo hacia una persona real o fantasmada, un hombre (el padre u otro) o una mujer.

Por lo tanto, el elemento “papá” del triángulo en la escena primaria estructurante puede ser ocupado por diferentes personas o incluso actividades sublimadas, y como vemos en la viñeta, no solo marca la exclusión edípica, sino que además puede condicionar un importante destino identificatorio. En el caso de la violinista, es posible que de alguna manera estuviera presente en el violín el deseo edípico sublimado de la madre hacia el abuelo materno.

Está claro, siguiendo la reflexión de si el “papá” del triángulo es una mujer, que la función de exclusión de una escena primaria puede producirse de un modo eficaz. Queda menos claro hasta qué punto el componente incitador de un movimiento identificatorio hacia lo masculino pueda o no producirse. En mi experiencia con parejas homosexuales de mujeres y hombres, importa mucho que en el entorno haya hombres y mujeres investidos favorablemente que puedan constituirse en fuentes de identificación o en modelos favorables de referentes de elección de objeto. En el caso de la violinista, el abuelo materno tenía una presencia muy importante, tanto en los cuidados de su nieto como en el deseo reprimido de la madre.

En la clínica a veces nos encontramos con parejas homosexuales de mujeres u hombres con relaciones sociales muy cerradas, por ejemplo mujeres que solo se relacionan con otras mujeres, a veces con un componente ideológico muy importante en contra de los hombres. Niños varones (aunque también niñas) criados en un entorno así pueden tener dificultades para desarrollar identificaciones masculinas sólidas o para poderse abrir a un hombre como relación de objeto. En un estudio sobre transexualidades de hombre a mujer (Artaloytia *et al.*, 2019) nos encontrábamos con una alta frecuencia de figuras paternas muy negligentes, lo cual incitaba a preguntarse hasta qué punto la falta de referencias masculinas favorables pudo suponer una importante traba para consolidar identificaciones masculinas válidas.

### **- Cuando el triángulo edípico funciona o no funciona**

Entiendo que para instaurar la represión es fundamental que pueda darse una escena primaria estructurante (la relación entre mamá y papá que excluye al bebé con sus variaciones) tal y como hemos desarrollado ya. Pero vamos a pensar el triángulo un poco más en profundidad. Si uno refuerza el trazo entre los vértices mamá y bebé, es el papá el que queda excluido. Y si uno refuerza el trazo entre bebé y papá, es la mamá la que queda fuera. Opino que para que las cosas puedan darse favorablemente, es importante que las tres configuraciones descritas puedan alternarse con cierta normalidad.

El cambio en una pareja del dos al tres tiene su complejidad. Hay veces que el trazo mamá-bebé es el que predomina, y el papá queda continuamente y preferentemente fuera. No es fácil saber si es porque ella no le deja sitio o si es porque él no lo sabe encontrar. Quizá una combinación de ambos factores. En cualquier caso, no es raro que se produzcan momentos de crisis, en que él se deprima o entre en problemáticas de otro tipo, como de consumos, o lo que no es en absoluto infrecuente, que él busque una relación paralela donde sentir que tiene la exclusividad perdida con la madre de su bebé.

Hace un tiempo me tocó discutir una conferencia impartida por Sofía Barandiarán sobre la *Crisis de la masculinidad* en La Academia de Ciencias Médicas de Bilbao. Ante un auditorio principalmente femenino buscaba la escena cotidiana de cómo se comporta un hombre cuando la mujer conduce: las dificultades que tiene él para callarse y dejarle hacer a ella a su manera, su resistencia a ceder a la mujer un rol tradicionalmente masculino. Casi todas ellas se identificaron con la viñeta y asintieron con vehemencia. A renglón seguido, busqué la escena complementaria en que un papá quiere involucrarse en el cuidado de su bebé y se propone para bañarlo a diario; cómo ella, cual conductor de coche resabiado, no puede tampoco callarse ni dejarle hacer a él a su manera. Cómo ella también se resiste a ceder un espacio. Afortunadamente, se trataba de mujeres inteligentes y con buen sentido del humor y todos pudimos reírnos conjuntamente. Esto es, para que el trazo papá-bebé se pueda consolidar, es también importante que la mamá pueda tolerar cierta exclusión.

Como analista de mujeres jóvenes, con cierta frecuencia me sucede que mis analizandas den a luz. La experiencia me ha ido llevando a funcionar con el siguiente encuadre. Como los bebés nacen cuando quieren (afortunadamente), quedamos en que me avisen cuando nazca la criatura. Por si en los primeros días surge lo que fuera, estoy disponible telefónicamente, con la posibilidad de no anular sesiones si se movieran angustias intensas. Si todo va bien en el encuentro con el bebé, ofrezco dos ó tres meses (siempre escogen tres) en los que yo dispongo de las sesiones, estipulando *a priori* la fecha de reincorporación. El momento de la vuelta a las sesiones es a menudo la primera separación física del bebé. Invariablemente lo viven con mucha ambivalencia. Por un lado, me odian intensamente por sentir que se fuerza una separación del bebé que les lleva a quedar por un rato excluidas de la relación con él, que a menudo queda al cuidado del padre u otro familiar; por el otro lado, están encantadas de volver a sesión y de poder salir de la burbuja simbiótica, de poder volver a pensar en otros términos, se sienten liberadas. Con su analista se produce a su vez una cierta suerte de escena en que a veces incluso por primera vez pueden excluir al bebé.

Tanto en la escena primaria como en el trazo reforzado entre el papá y el bebé, es necesario que haya una renuncia en la mamá a la exclusividad con el bebé que supone el trazo mamá-bebé. Hasta qué punto movimientos ideológicos contemporáneos en torno a lactancia o colecho prolongados, con justificaciones racionales en favor de los hijos, podrían estar subrepticamente relacionados con dificultades para asumir estas renunciaciones.

Vemos por tanto que para que las distintas facetas del triángulo vayan pudiéndose desarrollar alternativamente de modo apropiado en sus distintas configuraciones, es importante la integración y tolerancia de la exclusión por el lado del vértice excluido.

## - *Padres y madres de la generación Z*

Hace un tiempo me invitaron desde la Asociación Madrileña de Psicoterapia Psicoanalítica a impartir una conferencia sobre la generación *millennial*, cuya parte teórica se puede encontrar en YouTube.

Me centré en un estudio comparativo entre la generación *babyboom* y la generación Z, esto es, de nacidos ya en este milenio. Uno de los aspectos significativos en la comparación para mí que marcaba drásticamente la diferencia fue la constatación de que los padres de la generación Z habían conquistado ya y normalizado la contracepción, a diferencia de sus antecesores, padres de la generación de *babyboomers*, que no lo habían hecho.

Ello tiene toda una serie de consecuencias. Los padres de la generación Z postergan la parentalidad hasta haberse podido formar apropiadamente y asentarse en el mercado laboral. Ello a menudo supone padres y madres añosos, no raramente con problemas de fertilidad, que con frecuencia tienen hijos únicos, en los que a menudo se centran muchas expectativas pero poca disponibilidad de tiempo, ya que ambos miembros de la pareja se reincorporan pronto a sus exigentes carreras profesionales. Cuando no hay otros familiares cercanos que puedan contribuir en los cuidados, empieza un carrusel de cuidadoras que a menudo van cambiando; las pantallas, primero los dibujos animados, luego los videojuegos y más adelante las redes sociales, a menudo juegan un papel cuidador y afectivo vicariante. Como padres y madres pasan poco tiempo con ellos, a menudo se les da todo en lo material y tal vez por culpa, a menudo inconsciente, se presentan importantes dificultades para poner límites.

A menudo se les describe como solitarios, egoístas, muy metidos en el mundo cibernético, cuando a menudo es tal vez la única salida que han podido encontrar.

Termino con esta reflexión para que podamos entender que uno de los condicionantes fundamentales para poder ejercer una función materna y una función paterna apropiadas no estriba tanto en el género de los progenitores, sino especialmente en la cantidad y calidad de tiempo que se puede dedicar a compartir con los hijos. Tenemos la ventaja de que hombres y mujeres disponemos de identificaciones masculinas y femeninas y podemos buscar fórmulas de complementariedad en que dedicar la cantidad y calidad de tiempo que el cuidado de nuestros hijos requiere.

## **Conclusiones**

Llegamos al final de este recorrido. Sigo pensando que el género debió de ser fundamental en los albores de la humanidad, cuando apareció y se consolidó en la especie el lenguaje humano, que es un lenguaje que instaura la triangularidad edípica y la represión como claves en el proceso de humanización.

Toda una serie de avances culturales, tales como la Revolución Industrial, la Contraceptiva y la Reproductiva, llevan a que el dimorfismo sexual de especie sea cada vez menos condicionante.

La función materna no es ejercida tan solo por las madres biológicas, sino también por otras mujeres u hombres. La función paterna no solo la ejerce el padre biológico, sino también otros hombres o mujeres. El cómo es concebida una criatura nos remite a la futura fantasía sobre los orígenes, que no es determinante en la instauración de la represión; lo que sí es determinante es la escena primaria que vivencia el *infans*, en que es importante que se pueda producir una exclusión estructurante. Exclusión para el *infans* que también supone una renuncia para la madre o persona en función materna.

Con ello, y con toda la cautela que nos supone anticiparnos a lo que está por venir, podemos pensar que probablemente el género, esto es, la necesidad de nominar y representarnos la diferencia sexual biológica, es menos necesario ahora que en los albores de la humanidad. Y quizá vaya siendo aún menos importante en un futuro con los cambios que están por venir.

Lo que es trascendente es que se desarrollen apropiadamente identificaciones masculinas y femeninas para que se puedan ejercer funciones maternas y paternas de calidad, en las que la calidad y cantidad de tiempo compartido con los hijos es fundamental. La escena primaria estructurante, tal y como ha sido definida, es y será clave en la instauración de la represión y el orden edípico, que es lo que considero que nos hizo y nos seguirá haciendo humanos.

### **Referencias bibliográficas**

- Artaloytia, JF (2005). Evolucionismo jacksoniano en Freud y ciertas reflexiones sobre la filogenia. *Rev Psicoanál Asoc Psico Madrid* 45, pp.229-246.
- Artaloytia, JF (2014). La realidad en Flor sin Piel. *Rev Psicoanál Asoc Psico Madrid* 72, pp. 67-91.
- Artaloytia, JF (2008). La estructura edípica y la Santísima Trinidad. *Rev Psicoanál Asoc Psico Madrid*, 55, pp. 93-104.
- Artaloytia, JF; Betancor, D; Erroteta, JM; Segarra, R. (2019). Transexualidades de hombre a mujer. *Rev Psicoanál Asoc Psico Madrid* 34(87), pp.741-774.
- Artaloytia, JF; Olmos de Paz, T; Gómez-Moly, B. (2020). A psychoanalytic look at repetitive outbreaks of brief psychosis. *Int J Psychoanal* 101, pp.42-63.
- Bischof, N (1973). The biological foundation of the incest taboo. *Social Science Information* 11, 6, pp.7-36.
- Caropreso, F (2020). Sabina Spielrein's theory of the origin and development of language. *Int J Psychoanal* 101, pp.706-723.
- Fain, M. (1971). Prélude à la vie phantasmatique. *Rev Franç Psychanal* 35, pp.291-364.
- Faimberg, H (1985). El telescopaje de generaciones. *Rev Psicoanál Asoc Psico Argentina* 42, pp.1043-1056.
- Freud, S (1976a). Lo inconciente. En *Obras Completas* 14, pp.153-214. Buenos Aires: Amorrortu Editores (publicación original de Freud, 1915).
- Freud, S (1976b). Proyecto de Psicología. En *Obras Completas* 1, pp.323-446. Buenos Aires: Amorrortu Editores (redactado por Freud en 1895, publicado por vez primera en 1950).
- Freud, S (1976c). Inhibición Síntoma y Angustia. En *Obras Completas* 20, pp.71-164. Buenos Aires: Amorrortu Editores (redactado por Freud en 1925, publicado por vez primera en 1926).
- Freud, S (1987). *La afasia*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión (publicado originalmente en 1891).
- Harris, M. (2001). *Introducción a la Antropología General*. Madrid: Alianza Editorial (originalmente publicado en 1981).
- Itani J (1972). *A preliminary essay on the relationship between social organization and incest avoidance in non-human primates. Primate socialization*. New York: Random House.
- Lévi-Strauss C (2017[1949]). *Les structures élémentaires de la parenté*. Paris: EHESS.
- Millás JJ; Arsuaga JL (2022). *La muerte contada por un sapiens a un neandertal*. Madrid: Alfabuara.
- Nogueira, FW (2017). Incest avoidance and prohibition: psychobiological and cultural factors. *Psicología USP* 28, 2, pp. 287-297.
- Strachey, J (1957). Apéndice C al texto de Freud *Lo inconciente*. En *Obras Completas* 14, pp.207-213. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Sugiyama-LS (2001). Evolutionary psychology: the new science of the mind. *American Journal of human biology* 13, pp.81-91.

- Szpilka, J (2002). *Creer en el inconsicente*. Madrid: Editorial Síntesis.
- Van-Lawick ; Goodall J (1971). *Les chimpancés et moi*. Paris: Ed. Stock.
- Westermarck E (1891). *The history of human marriage*. London: Ed. Macmillan.